

LIBRO CUARENTA.

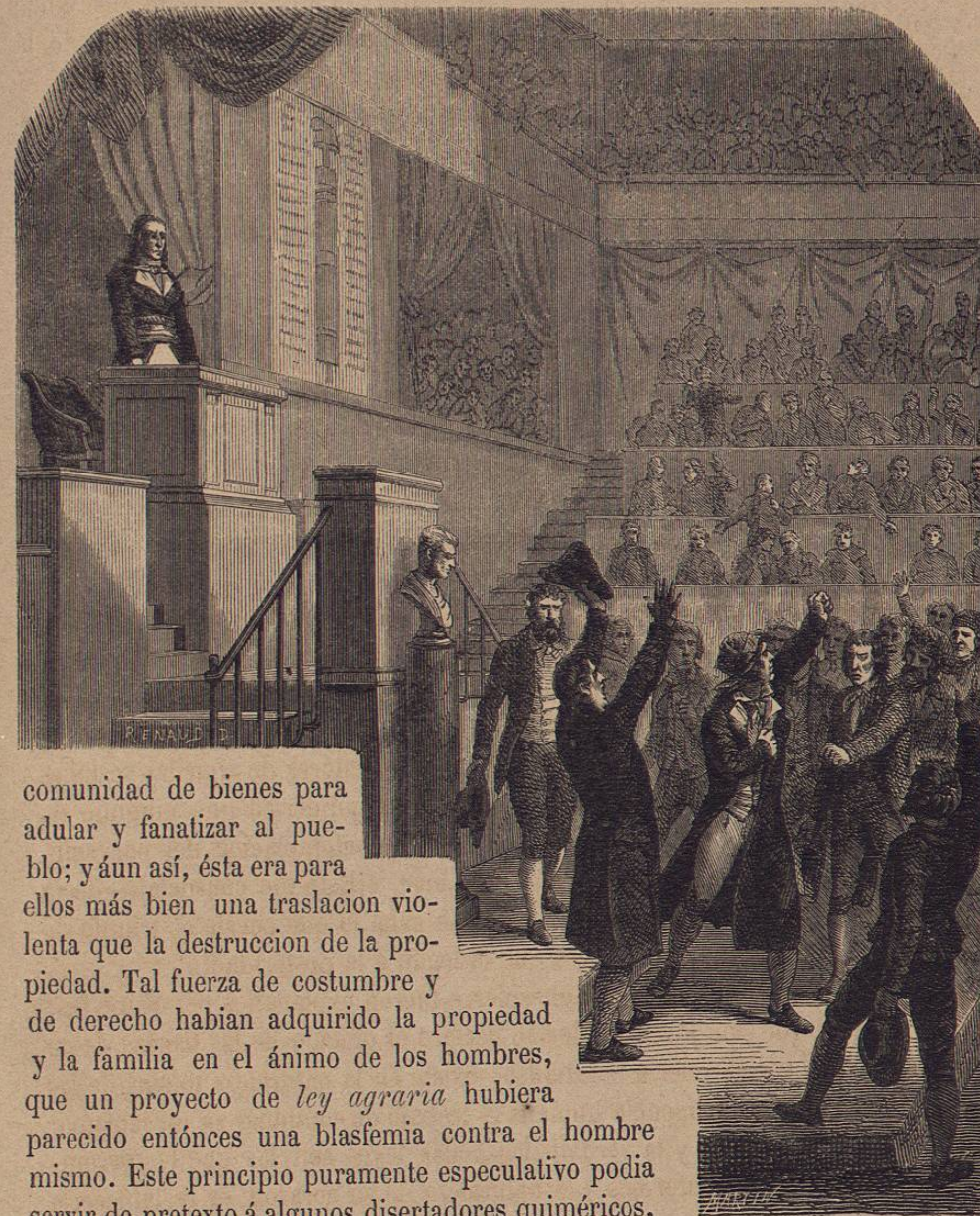
Robespierre y Danton se unen contra los girondinos.—Triunfo de Marat.—Los girondinos apostrofan á los jacobinos.—Folleto de Camilo Desmoulins.—Prision del duque de Orleans.—Ensayos de Constitucion.—Peligros de la república.—Isnard.—Comision de los Doce.—Prision de Hebert.—Divisiones.—Henriot.—Garat.—Acusaciones.—Los veintidos girondinos.

I

Presentando á la Convencion la perspectiva de la felicidad humana, estas discusiones calmaron por algunos dias aquellas almas irritadas. Divididos en cuanto á lo presente Vergniaud, Robespierre, Condorcet, Danton y Petion, se hallaban de acuerdo en cuanto al porvenir. Las fisonomías de los girondinos, jacobinos y franciscanos se apaciguaban y presentaban á los espectadores de aquellas sesiones el carácter de la serenidad. El mismo Danton, ménos quimérico que ninguno de aquellos hombres de Estado, parecia extasiarse en la contemplacion del porvenir, sosegándose de la sangre que habia hecho derramar. «¡Esto me consuela!—decia con un suspiro al salir de la Asamblea.—¡Nadie sabe lo que cuesta el triunfo de una doctrina al corazon de los hombres que la legan á la posteridad!»

Estos principios de la escuela de Robespierre fueron explanados por Saint-Just en un discurso en que este jóven orador se declaró el oráculo de las teorías de su maestro. «El órden social—decia Saint-Just—existe en la naturaleza misma de las cosas, y sólo toma de la inteligencia humana el trabajo de combinar su mecanismo. El hombre nace para la paz y la verdad: las malas leyes son las que le corrompen. Hallar para él leyes conformes á la naturaleza de su corazon, es restablecerle en su felicidad y en sus derechos. Pero el arte de gobernar casi no ha producido más que monstruos, y los pueblos se han extraviado del rumbo que debian seguir. Nuestra tarea es la de volverlo á encontrar. El estado social es la verdadera relacion de los hombres entre sí; el político es la relacion del pueblo al pueblo. El vicio de los gobiernos consiste en emplear para oprimir á los ciudadanos en el interior la fuerza con que están armados y que necesitan para defenderse las naciones contra los enemigos exteriores. Dividid por consiguiente el poder, si quereis que la libertad subsista. El poder ejecutivo se va haciendo poco á poco usurpador en el gobierno más libre del mundo; pero si esta autoridad delibera y ejecuta al mismo tiempo, presto se constituye en soberana. No se personifica la monarquía sólo en el nombre del rey, sino que existe tambien en todo poder que delibera y ejecuta á la vez.» Esta serie de máximas incoherentes, y el velo con que encubria Saint-Just su pensamiento, permiten apenas discernir si queria atacar ó fortificar la unidad de poder de la Convencion.

Marat, Hebert y Chaumette eran los únicos que se servian del incentivo de la



comunidad de bienes para adular y fanatizar al pueblo; y aún así, ésta era para ellos más bien una traslacion violenta que la destruccion de la propiedad. Tal fuerza de costumbre y de derecho habian adquirido la propiedad y la familia en el ánimo de los hombres, que un proyecto de *ley agraria* hubiera parecido entónces una blasfemia contra el hombre mismo. Este principio puramente especulativo podia servir de pretexto á algunos disertadores quiméricos, mas no formar ningun partido, pues todos lo desaprobaban por no contrariar la opinion. Los programas de los partidos comenzaban siempre con un acto de fe y una profesion de respeto hácia la propiedad. Prodigaban la muerte sin perder su popularidad, pero respetaban los bienes. Esto consiste en que el hombre moderno tiene más apego á sus bienes que á su propia vida, porque aquéllos son primero su vida y despues la de su mujer, de sus hijos, de su posteridad. Perdiendo la vida en defensa de sus bienes, muere para defender lo presente y el porvenir. Habiahe hecho la revolucion francesa para equilibrar mejor la propiedad y hacerla más accesible á todos los hombres, y no para destruirla.

Marat se retira de la Convencion (sesion del 13 de Abril, 1793).—Pág. 438.

II

En tanto que la Convencion aplazaba la lucha con estas excursiones filosóficas y estas instituciones populares, la municipalidad, los Jacobinos y los Francisca-

nos aprovecharon el tiempo en amotinar los arrabales contra los girondinos, único obstáculo, según sus oradores, para la felicidad del pueblo y la seguridad de la patria.

Reducir los departamentos á soportar el yugo de las opiniones de Paris, avasallar la Representación nacional por medio del terror, hacer de la Convención el instrumento pasivo y vil de la municipalidad, dominar á esta misma por las secciones y á éstas por un puñado de agitadores á las órdenes de dos ó tres demagogos, entre los cuales escogería el pueblo un director implacable para remediar su propia anarquía, tal era el plan confuso de Marat, Chaumette, Hebert y sus partidarios.

Robespierre y Danton se adherían á este plan, con repugnancia uno y otro. Fiándose en la inconstancia del favor público y en su profundo desprecio al ídolo del día, Marat, creían con razón que el poder caería por sí mismo de aquella frente innoble é insensata, y que, una vez destruidos los girondinos por Marat y éste por sí mismo, no quedaría á la nación otro recurso que escoger á uno de ellos dos para salvarla de sí propia y de sus enemigos. Cada uno de ellos se creía seguro entonces de poder más que su rival: Danton por la superioridad del valor, Robespierre por la del pensamiento. Ambos fingían contra los girondinos un odio que no tenían, y por la causa del *amigo del pueblo* proscrito un interés de que secretamente se avergonzaban. En cuanto al pueblo, la expulsión de Marat de la Convención, la formación de su causa, su fuga, sus doctrinas, el misterio que encubría su asilo, y por último, el divulgado rumor de las enfermedades que había contraído por el trabajo y en los subterráneos para servir la causa de los oprimidos, todo enardecía hasta la idolatría la pasión de la multitud hacia el que creía su vengador.

Salió Marat de su retiro el 24 de Abril, y compareció ante el tribunal revolucionario. La audacia de su actitud, el guante que arrojó á los jueces, la turba que le condujo escoltado al tribunal, las aclamaciones del pueblo que se atropellaba numeroso en derredor del palacio de justicia, dieron de antemano á los jurados la orden de reconocer su inocencia. Proclamóse ésta, y un grito de triunfo salido del tribunal, y prolongado por los grupos hasta las puertas de la Convención, notificó á los girondinos la absolución de su enemigo. Los Franciscanos y las turbas de los arrabales, que habían impuesto su fallo, tenían de antemano preparado el triunfo. Marat, después de absuelto, fué levantado en alto por cuatro hombres que le enseñaron á la multitud, llevándole después á un estrado donde había un sillón antiguo semejante á un trono. Era el paves de la sedición en que los proletarios inauguraban el rey de la indigencia. Las mujeres de la Alhóndiga y del Mercado de las flores ciñeron su cabeza con varias coronas de laurel, sin que Marat opusiera la menor resistencia. «¡Es el pueblo — exclamó — á quien se corona en mi cabeza! ¡Ojalá pudieran al momento caer á mi voz todas las cabezas que sobrepujan el nivel del pueblo!».

La comitiva se puso en marcha hacia la Convención, en medio de los gritos de *¡Viva el amigo del pueblo!* El tropel, compuesto de hombres andrajosos, mujeres, niños é indigentes, se adelantó con lentitud por los pretiles y Puente Nuevo hacia la calle de San Honorato, engrosado en el camino por las innumerables turbas de artesanos que habían suspendido sus trabajos para defender y honrar al represen-

tante de los proletarios. Los que le conducían se iban relevando. En los puentes, en las plazas y á la entrada de las calles principales aguardaban á Marat diputaciones de los diferentes oficios, que después se reunían á la columna del pueblo que le precedía ó seguía. Las ventanas estaban llenas de mujeres que dejaban caer sobre la cabeza del triunfador una lluvia de cintas, coronas y flores. Se daban palmadas cuando pasaba, de modo que toda su marcha desde palacio hasta el Pica-



Marat ante el tribunal revolucionario (24 de Abril, 1793).—Pág. 448.

tero fué un prolongado aplauso. «Amigos míos, — exclamaba Marat, — excusad, perdonad mi sensibilidad. Muy poco he hecho por el pueblo. En adelante, no puedo pagarle esta deuda sino con mi vida.»

Hacia la mitad de la calle de San Honorato, las mujeres de los mercados de Paris, reunidas para asociarse á aquel festejo, detuvieron á la comitiva y anegaron en ramilletes el paves, el trono y al *amigo del pueblo*. Marat, con la frente sobrecargada de coronas, los brazos, los brazos, el cuerpo y las piernas envueltos en festones de hojas, desaparecía, por decirlo así, entre las flores. Apenas se divisaba su traje raído, su ropa sucia, su pecho descubierto, sus cabellos que caían sobre sus hombros. Sus brazos se abrían sin cesar como para abrazar á la multitud.

Contrastaba la asquerosa sordidez de su traje con la frescura de aquellos festones y guirnaldas. Su macilento rostro, su extraviada fisonomía, las sonrisas petrificadas en sus labios, los vaivenes del estrado en que le llevaban, la brusca agitación de su cabeza y la gesticulación de sus manos, comunicaban á su persona algo de maquinal y forzado que se parecía á la demencia, dejando indeciso al espectador entre un suplicio y un triunfo. Era una convulsión del pueblo personificada en Marat, propia más bien para disgustar á Robespierre y á Danton de la embriaguez popular, que para hacerles envidiosos de Marat.

Algo más léjos, los hombres de los mercados y pretilas de París, en número de dos ó tres mil, arengaron al diputado, prorumpiendo con atronadoras voces en prolongados gritos de *¡Viva el amigo del pueblo!* Estos gritos conmovieron las bóvedas de la Convención, cuyas puertas forzó la comitiva. Marat, apeado de su sillón, pero levantado por los brazos del pueblo, entró en el salón con la frente cubierta aún de laureles. La multitud pidió que la dejasen permanecer allí, y se diseminó confusamente entre los diputados por las gradas de la Convención. La sesión quedó interrumpida.

Marat, conducido á la tribuna por sus vengadores entre los aplausos del recinto y de las galerías, intentó por mucho tiempo en vano calmar con sus ademanes aquellos aplausos que sofocaban su voz. Habiendo por último obtenido silencio, dijo: «Legisladores del pueblo frances, este día devuelve al pueblo uno de sus representantes cuyos derechos fueron violados en mi persona. Represento en este momento á un ciudadano que habia sido inculcado y que acaba de justificarse. Seguirá defendiendo con toda la energía de que es susceptible los derechos del hombre y los del pueblo». Dicho esto, la multitud agita sus sombreros y los arroja á lo alto. Del recinto del salón y de las tribunas sale un grito unánime de *¡Viva la república!* que va á repetirse y prolongarse entre las turbas que se apiñan fuera de la Convención. Danton, fingiendo participar del entusiasmo del vulgo hácia el ídolo que él despreciaba, pidió que la comitiva de Marat recibiese los honores de la Asamblea, desfilando por su recinto. Marat, con su corona en la mano, fué á sentarse en la cumbre de la Montaña, junto al feroz Armonville. «Ahora,—dijo en alta voz al grupo de diputados que le felicitaban,—tengo en mi poder á los girondinos y brissotinos. También irán en triunfo, pero será á la guillotina.» Dirigiéndose después á los diputados que habian decretado su acusación, les fué llamando por sus nombres, apostrofándoles en términos injuriosos. «A quienes vosotros condenais—exclamó—el pueblo los absuelve. No está léjos el día en que hará justicia á los que respetais como hombres de Estado.» El escándalo de las invectivas de Marat no hizo más que excitar en el salón sonrisas de desprecio. Robespierre se encogió de hombros en señal de disgusto, pero Marat le lanzó una mirada amenazadora, llamándole *cobarde malvado*. Robespierre fingió no haberle oído, y no hizo caso de aquel frenesí del pueblo. Marat, después de salir, fué paseado de nuevo triunfante en su trono por las principales calles de París, gritando la muchedumbre que le acompañaba: «¡Marat es el amigo del pueblo, que siempre será suyo!» Al pié de los pilares de los mercados le ofrecieron un banquete popular, y después le condujeron al club de los Franciscanos.

Allí arengó Marat al pueblo, prometiéndole sangre. El gozo mismo era sanguiinario en aquella alma exterminadora. Los gritos de *¡Mueran los girondinos!* eran

el condimento de su triunfo. Después de la sesión, los franciscanos y el pueblo, que le esperaban á la puerta del club, le condujeron con hachas hasta su casa. Las ventanas y tejados de la calle donde vivía y otras inmediatas se habian iluminado como para la entrada de un salvador del pueblo. «Este es mi palacio,—dijo Marat á su amigo Guzman, subiendo por la oscura escalera de su habitación,—y éste mi cetro,—añadió sonriendo y enseñando su pluma metida en un tintero de plomo.—Mi compatriota Rousseau no lo tuvo de otra clase, y sin embargo, con él he trasladado la soberanía de las Tullerías á este camaranchón. Ese pueblo es mío, porque le pertenezco, y no abdicaré hasta haberle vengado.»

Tal fué la ovación de Marat; pero ya consumía su vida el incendio de su alma. Aquel día de gloria y de reinado para él, al hacer fermentar su sangre, encendió la calentura que minaba su cuerpo. La enfermedad no paralizó sus trabajos, pero le hizo quedar muchas veces en cama. La cercanía de la muerte y la concentración de sus ideas no amortiguaron sus provocaciones al asesinato. Aquel Tiberio moderno enviaba sus órdenes á la multitud desde el rincón de su indigente Caprea. Sus insomnios costaban sangre al siguiente día, y no echaba otra cosa de ménos en la vida que el tiempo de sacrificar las trescientas mil cabezas que no cesaba de pedir á la venganza de la nación. Su puerta, asediada día y noche por delatores, recibía, como la boca de hierro de Venecia, los indicios de sospecha. Su mano, yerta ya, añadía siempre nuevos nombres á la lista de sus proscripciones, abierta siempre sobre su lecho.

III

Aquel suceso, demostrando al pueblo su fuerza, á la Convención su avasallamiento y á los girondinos su impotencia, dió bríos para intentar contra éstos los últimos ataques. Los progresos de los vendeanos, que habian rechazado á los republicanos de toda la orilla izquierda del Loira; la repartición de Francia, que los generales y plenipotenciarios de las potencias deliberaban abiertamente en un consejo de guerra celebrado en Amberes; Custine, que se replegaba á Landau ante cien mil confederados alemanes; Maguncia bloqueada, é inutilizando en sus muros veinte mil soldados escogidos del ejército del Rin; los primeros choques del ejército de los Pirineos con el español; Servan, que mandaba allí las tropas, atacado á un tiempo en sus tres campamentos; Lyon, donde las secciones, todas realistas, se resistían á la instalación de un régimen revolucionario y amenazaban con una insurrección; Marsella, indignada por los ultrajes del pueblo de París á sus confederados y á Barbaroux, levantando nuevos batallones para vengar á sus hijos; Arles, Nimes, Toulon, Montpellier, Burdeos, declarándose enemigas de la Montaña y jurando en sus manifiestos enviar su juventud á París; las acusaciones recíprocas de federalismo y de anarquía entre montañeses y girondinos, el hambre á la puerta de las panaderías, el pueblo sin otro trabajo que el de su perpetua agitación por las calles, los clubs en efervescencia, los papeles públicos escritos con hiel, las facciones en permanencia, las cárceles llenas ya, la guillotina aficionando al pueblo al gusto de la sangre en vez de saciarlo: todo imprimía á la población de París ese estremecimiento de terror, preludio de los últimos excesos. La desesperación es la consejera del crimen; el pueblo, que conocía su propia pérdida, necesitaba achacarla á

alguno. Los jacobinos excitaban todo su odio contra los girondinos. El robo del Guardamuebles, cuyos millones y diamantes habian pasado, segun se decia, á manos de Roland y á los cofrecillos de su mujer, imprimia ademas á la irritacion popular un carácter de personalidad, de insulto y de asesinato.

Brissot, Girey-Dupré, Gorsas, Condorcet, los principales periodistas girondinos, apoyados por los ricos y sostenidos por el comercio y la clase media, no escaseaban por su parte las calumnias ni las ironías sangrientas á Marat, á Robespierre, á Danton y á los jacobinos. Sus periódicos, leídos en las sesiones de los clubs, se rasgaban, quemaban y pisoteaban, jurando lavar aquellas líneas en la sangre de sus autores. Marat osó pedir con insolencia, á la faz de Robespierre, que le enviasen todos aquellos documentos y las delaciones de los ciudadanos contra los ministros para hacer justicia, personificando atrevidamente al pueblo en sí mismo. Apénas se atrevió Robespierre á abrir los labios en presencia de aquel que desde su triunfo se constituia él mismo en plenipotenciario de la multitud. Se arrogaba la dictadura, que veinte veces habia propuesto al pueblo para el más determinado de sus defensores. No tenia su política otra teoría que la muerte. Era el hombre de las circunstancias, porque era el apóstol del asesinato en masa. Cada vez que salia de su casa en el traje de enfermo y envuelta la cabeza con un pañuelo sucio, para comparecer en los Jacobinos ó en la Convencion, Danton y Robespierre le cedian la tribuna, en donde hablaba como señor y no como consejero de la nacion. Una palabra suya cortaba las discusiones como el puñal corta el nudo. Los aplausos de las tribunas le ponian bajo la proteccion del pueblo. Los murmullos y rechiflas interrumpian á los que intentaban discutir con él. Era el plebiscito sin réplica de la multitud.

Ya hasta en la misma Convencion se habian cambiado las discusiones en luchas de palabras. Con motivo de las honras fúnebres tributadas por la municipalidad á Lazowski, uno de los conspiradores del club del Arzobispado, habiendo tenido Guadet la osadía de decir que la posteridad se asombraria un dia de que se hubiese concedido una apoteosis nacional á un hombre convencido de haber estado á la cabeza de los saqueadores y querido marchar en la noche del 10 de Marzo para disolver la Convencion, se levantó Legendre para contestarle. Los murmullos del centro le disputaron la tribuna. «Yo cederé la tribuna—exclamó—á los que hablen mejor que yo; pero aunque me encerrasen en la hornilla que ha de enrojecer el hierro que os imprimirá la marca de la ignominia, la ocuparé. Aun cuando hubiera de ser vuestra víctima, pido que el primer patriota que muera á vuestros golpes sea llevado por las plazas públicas, como Bruto llevó el cuerpo de Lucrecia, y se diga al pueblo: «Esa es la obra de tus enemigos.»

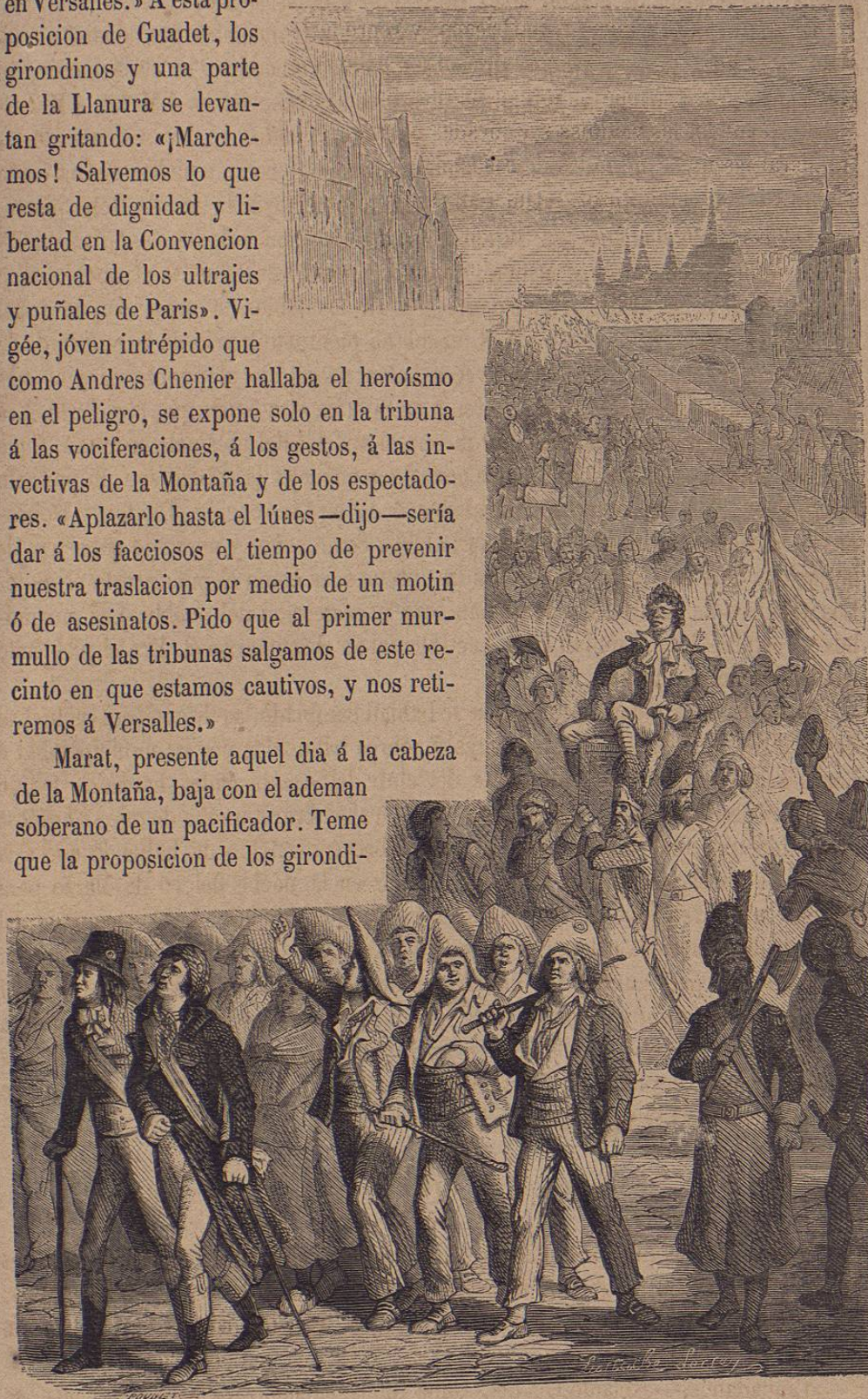
IV

El jóven Ducos intentó al dia siguiente hacer comprender á la Convencion los peligros de fijar un *máximum* al precio de los granos. Los pataleos, los gestos, las vociferaciones de los asistentes ahogaron su voz, obligándole á bajar de la tribuna.

«Ciudadanos,—exclamó Guadet,—una Representacion nacional envilecida, no existe ya. Todo paliativo para asegurar su dignidad es una vileza. Las autoridades

de Paris no quieren que seais respetados. Tiempo es de hacer cesar esa lucha entre una nacion entera y un puñado de facciosos disfrazados con el nombre de patriotas. Pido que la Convencion nacional decrete que el lunes celebrará su sesion en Versalles.» A esta proposicion de Guadet, los girondinos y una parte de la Llanura se levantan gritando: «¡Marchemos! Salvemos lo que resta de dignidad y libertad en la Convencion nacional de los ultrajes y puñales de Paris». Vigée, jóven intrépido que como Andres Chenier hallaba el heroísmo en el peligro, se expone solo en la tribuna á las vociferaciones, á los gestos, á las invectivas de la Montaña y de los espectadores. «Aplazarlo hasta el lunes—dijo—seria dar á los facciosos el tiempo de prevenir nuestra traslacion por medio de un motin ó de asesinatos. Pido que al primer murmullo de las tribunas salgamos de este recinto en que estamos cautivos, y nos retiramos á Versalles.»

Marat, presente aquel dia á la cabeza de la Montaña, baja con el ademan soberano de un pacificador. Teme que la proposicion de los girondi-



Triunfo de Marat.—Pág. 448.